

Esta fué en aumento , cuando avisado por Manuel de que se acababa el tiempo de nuestra visita , tuvé que pedir una conferencia particular con madama Isabel. Retirámonos al hueco de una ventana , desde donde pude ver al rey engolfado con Manuel en una conversacion muy seria , y por otra parte á la reina hablando al oido con el lord , que siempre distraido se sonreía sin escuchar , y no tenía ojos sinó para María Teresa. Repito , que me puse cuidadoso.

Di cuenta en compendio á la hermana del rey de las conferencias que había tenido con la junta de la calle del Arbol seco y con Toulan. Le presenté las pretensiones de aquella y de este bajo su verdadero aspecto , y no me fué muy arduo el manifestarle que se oponían , ó por mejor decir , que estaban encontradas en todo. Pero al descubrirle el mal , no me fué difícil dar

con el remedio. Está , le dije , en el corazón y en la mano de la reina ; y si el honor de su esposo , el interés de su hijo y su propia gloria la mueven , no titubeará en emplearlo. Los franceses sabrán agradecer este acto heroico y desinteresado : hace tiempo , no hay que disimularlo , que no aman ni aprecian á la reina , á quien atribuyen todas sus calamidades : que adopte el partido propuesto , y se ganará todos los corazones. La autoridad real no será ménos sólida por quedar limitada ; el pueblo , á quien una libertad honesta agrada y conviene mas que las convulsiones del desenfreno , el pueblo será el primero en acabar con los tiranos que le adulan , descaminan y sacrifican. — Isabel gustó al parecer de mis principios y de mis raciocinios , pues me respondió : Si no se necesitase mas que mi beneplácito , desde este punto nada quedaría que desear , y aun si no



se pidiese sinó el del rey, ningún obstáculo habría para alcanzarlo. Jamas se ha pagado mi hermano de la brillantez del trono, y nunca ha medido el decoro de su potestad por su estension: varias veces ha repetido que los reyes no deben ni pueden reinar bien, si no se conforman con la voluntad pública espresada por las leyes. Nunca pedirá, lo sé positivamente, una autoridad sin límites, sinó para hacer bien, y ninguna para hacer mal. Siempre le he acompañado en estos sentimientos, que ahora se nos han arraigado mas con las desgracias. Pero ¿cómo hemos de persuadir á la reina, que el sacrificio de su autoridad, de su grandeza, y sobre todo de su influjo es necesario? ¿No conocéis la altanería de esa casa de Lorena, que ha dado potentados á tantos tronos, y que domina hoy en el imperio? Será muy arduo el conaturalizar á una prince-

sa de Austria con la sencillez de la vida privada, y todavía se ha de hacer mas trabajoso el deshabituarla de sus ocupaciones políticas. Mi hermana lleva en el rostro y en el alma la magestad de un carácter elevado; pero al manifestar su espíritu, sale tambien á luz su engreimiento. Con todo su embleso natural, prefiere la gloria de estar mandando á la dicha de agradar. Suele olvidar que es muger, pero siempre tiene muy presente que es reina: si tal vez tiene á bien renunciar á su aparato ostentoso, es solo cuando su corazon está muy conmovido. Está Vd. pensando sin duda, señor de Fermont, que zahiero demasiado á mi hermana, favoreciéndola tan poco en su retrato. Delante de cualquiera otro y en circunstancias diferentes, tendría que suavizar, y suavizaría en efecto, los rasgos de estas verdades chocantes; pero cuando del resultado del gran negocio



que trae Vd. entre manos, depende la pérdida ó la salvación del estado, de un trono y de una familia, sería culpable, si encubriese la verdad. Fuera de esto, el orgullo que la reina ha sacado de la casa de los Césares, no la hace insensible á los vínculos de la sangre, al atractivo de la simpatía y á la correspondencia en la amistad. El rey le debe un cariño entrañable, y sus hijos mucho mas: idolatra con especialidad al Carlitos, en quien reverencia el noble retoño de dos casas soberanas, y tambien creo que soy partícipe de su afecto. Principalmente desde que la suerte con sus reveses nos ha reunido, me ha dado muestras muy patentes de su aprecio. En fin, si hay alguno que pueda esponerle la proposición de Vd., y quizá tener la esperanza de hacérsela aprobar, soy yo sin duda. Le prometo á Vd. mis zelosos desvelos: se trata de la salvación de la Francia,

del honor de mi hermano y de la dicha de sus hijos; ¿qué no haré yo por conseguirlo? — Me separé de la virtuosa Isabel, penetrado de respeto y de admiración, y nos reunimos. La conversacion fué general por un momento, y luego, habiéndonos hecho Manuel una seña, ofrecimos de nuevo nuestras atenciones á los presos, y nos despedimos.

Antes de separarnos, el síndico me previno, que el dia siguiente se debía celebrar junta, para acordar los medios mas poderosos y capaces de reducir á Luis xvi. Aunque tenía cita con Toulan, como era á hora diferente, prometí el acudir á la calle del Arbol seco.

Al llegar á casa, nos encontramos con varias cartas. Había una de Irlanda, de letra de lord Fitz-Asland, padre de mi alumno. Edwino la abrió arrebatadamente; pero apenas leyó los pri-



meros renglones, le vi pálido, y que para no caer desmayado, se sentó en un taburete. Luego se puso en estremo encendido, y vertió muchas lágrimas, que quería encubrir tapándose la cara con las manos. Sobresaltado con aquella novedad y temeroso de saber su causa, no acertaba á darle ningun auxilio ni consuelo oportuno. No me atrevía á recoger la carta fatal, que estaba abierta á mis piés; pero tomándola luego él mismo con viveza, y dándomela á leer: vea Vd., dijo, cuán desgraciado soy. — Sin soltarle la mano recorri la carta, que decía:

*Lord Fitz-Asland á su hijo, Paris.*

«Dublin 27 de agosto de 1792.

Paris no es ya una morada habitable para tu digno ayo, ni para ti, amado Edwino. La turbulencia reina, y acaso

la mortandad: yo no vivo desde las horribles noticias del 10. Si me amas, parte al recibo de esta, deja el teatro de la desolacion, y ven al regazo de tu familia, á esperar que la bonanza....»

Cómo? me dijo mi alumno levantándose, y ¿lee Vd. todo eso tan friamente? — Pero, querido, hasta ahora no he visto motivo para acalorarse. — No lo ve Vd.? pues no ve Vd. que mi padre me llama? — Y qué hay con eso? — Qué hay? que esa orden es mi sentencia de muerte. — Edwino, espíquese Vd. — Ay Dios! no me ha entendido Vd.? — No por cierto: qué hay pues? — Lo que hay es que su alumno de Vd. está perdido, si sale de Paris. — Repito que no le entiendo á Vd. — Fitz-Asland cogiéndome entónces las manos, estrechándolas, y mirándome con ojos llorosos: Ah, mi amado ayo! me dijo sollozando, ¿por qué me ha llevado Vd. al Temple? — Edwino, qué



es lo que está Vd. diciendo? — Que quisiera no haber estado jamas, ó, añadió con la espresion mas tierna, permanecer allí toda la vida. — Cielos! qué es lo que oigo!

Entónces me tocaba el papel del desconsolado. Estuve algunos minutos inmóvil, cabizbajo, mirando sin ver, y sin hacer alto en mi alumno, que se paseaba aceleradamente, ó se paraba para pedirme mil perdones: en una palabra, estaba embargado en un laberinto de ideas lóbregas y contradictorias.

Pasado el primer momento, empecé á volver en mí, con la reflexion de que una sola vista no habría podido causar un estrago irreparable; que era verosímil que Edwino equivocase con los impulsos del corazon la conmocion de sus sentidos, la cual era mas fuerte por ser la primera; y que suponiendo que un afecto tan profundo como tierno

hubiese nacido en su alma, se debía presumir que no era correspondido, y que por consiguiente se apagaría por faltarle el pábulo del mutuo cariño.

Pero ¿cuál de las tres princesas se lo había infundido? Por mis sospechas debía ser Antonieta, cuyo embeleso, acostumbrado hacia tiempo á los triunfos, encontraba, segun decían, un idólatra en cada hombre; y había advertido, como he manifestado, que su atractivo, mas y mas engreido con la misma opresion, se había humanado con Edwino. Sin embargo, el decoro magestuoso de Isabel había podido interesarle, ó en fin podía tambien haberle cautivado el recato virginal de María Teresa. Ansiaba desengañarme, á fin de motivar fundadamente los consejos que como amigo debía darle. Su respuesta se vino á reducir á la siguiente.

Quiero, amado ayo, corresponder



á la condescendencia de Vd. con mi franqueza. Las primeras chispas de mi amor no son de hoy; pero hoy es cuando mas inflaman mi corazon, que por una parte se enardece con los estorbos, y por otra se alimenta con la esperanza.

¿Se acuerda Vd. del día en que lord Sutherland, mi primo, fué presentado á la corte como embajador británico? Yo di la mano á su esposa, que de allí á poco rato no fué ya para mí la muger que yo mas apreciaba en el mundo.

En medio del fausto que cercaba al monarca, y entre las beldades tituladas que rodeaban á la reina, mis ojos se desalaban en busca de la muger, que tanto encarecía la fama. Un susurro lisonjero, seguido de un silencio respetuoso, anunció su venida, y entre tanto los latidos de mi corazon aumentaban mi desasosiego y mis anhelos. Se presenta: una diadema de pre-

ciosa pedrería centelleaba en sus sienes; los diamantes engarzados se cruzaban formando ondas sobre su seno, y la magestad real se ostentaba en los pliegues tendidos de su magnífica vestidura. Deslumbróme esta brillantez, mas no me conmovió; y cuando levanté los ojos, y vi el orgullo sentado sobre su frente altanera, la gradué de reina hasta en su sonrisa de protección.

Seguía á poca distancia una jóven, que al parecer estaba allí para formar una contraposición perfecta. Una guirnalda ligera ceñía su dorada y suelta cabellera: hermosa sin que lo supiera, prendaba sin pretenderlo. He visto que todos fijaban sus ojos en esta persona, que como lo habrá Vd. entendido, era María Teresa.

Con su presencia el espectáculo brillante que tenía á la vista, quedó eclipsado. Entre tantas mugeres notables



por juventud, opulencia y hermosura, no vi mas que una niña sencilla é inocente, que apénas se atrevía á levantar sus tiernos párpados, y cuya frente vergonzosa se sonrojaba de continuo. Este cuadro de la inocencia y del hechizo me interesaba en extremo, y me causaba mil distracciones, de que lady Sutherland tenía que sacarme á cada paso.

Dejé la corte, llevando impresa la imágen de María Teresa. Mi corazón la conservó por espacio de algunos meses: el tiempo, la ausencia y la disposición invariable de Vd. de no presentarme al rey sinó con órden de mi padre, no la borraron, pero la disminuyeron algun tanto. Llegué á creermelibre de esta dolencia, porque solo había experimentado los primeros ataques.

Aun suspiraba yo por esta dulce pena, cuando por la casualidad de las entrevistas de Vd. con Luis XVI, se in-

flamó de nuevo mi corazón. Interrumpió Vd. sus visitas á las Tullerías, y falleció mi esperanza; pero se reanimó con la catástrofe del 10 de agosto, y formé el proyecto de libertar de sus opresores á la familia aprisionada, pues un incidente que ignora Vd., podía favorecer su ejecucion.

Hacia algunos dias que pasando al anochecer por los arcos de la calle de santo Tomas de Louvre, se me había llegado una muger ordinaria, entrada en edad y no mal vestida, la cual despues de haberme saludado cortesmente, me había entregado sin hablarme una carta. En vano quise saber de quien era el billete, pues me respondió que lo vería leyéndolo, y se despidió de mí.

Estaban encendiendo los faroles, y yo impaciente por saber el contenido, me acerqué al mas inmediato, y leí estas palabras solas: *Madama de Ro*



zierz, calle del Sena, número 7, barrio del jardín del rey; y de otra letra: se la puede ver desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

Yo estaba confuso, y decía ¿á qué vendrá este sobrescrito? qué tendré yo que ver con esta dama? Había oído hablar de chascos originados de tales antecedentes; y juzgando que podría ser uno de los muchos, me metí el papel arrollado en la faltriquera, sin hacer caso de semejante aviso.

El día siguiente mi criado Tomas dió con él al vestirme; y como le conté mi aventura y mis rezelos, se chancó y me dijo, que el tal billete iba mas bien asestado contra el corazón que contra el bolsillo, pues sería de alguna buena moza, que deseaba tratar con un señorito amable como yo. Confieso que en esto cometí dos yerros á un tiempo, el primero en hacer caso de Tomas, y el segundo en no pedir á

Vd., amado ayo, su dictámen. Como quiera, ademas del pensamiento que me ofrecía la dicha de corresponderme con una hermosura, mi vanidad se engrió considerándome el héroe de una trama, y quise ver su desenlace.

Siempre me ha dado Vd. bastante ensanche para esplayarme ciertos ratos, y así hice una salida pretestando un paseo por el jardín del rey; y Tomas conduciendo con mas velocidad que nunca el birlocho, me puso en breve en la calle del Sena, frente al n.º 7. Será escusado decir, que hubo aquel día algun esmero en el vestido.

Al apearme, mi corazón palpitaba cual nunca, y ya estaba en el segundo piso, cuando aun no me había serenado. Vi entónces bajo de la aldaba de la puerta un rótulo que decía: *Madama de Roziers*. Tomas llamó á la campanilla, y quise detenerle; pero el eco de aquella resonó en mi interior, avisándome



que iba á entrar, y esto aumentó mi temblor y mi turbacion.

Una muger que me pareció la mensajera del arco de santo Tomas, abrió la puerta, y me preguntó, á quién buscaba. Pronuncié á media voz el nombre de *madama de Roziers*, que no oyó la criada, y mélo hizo repetir. Tomas, que se incomodó de mi torpeza, articuló bien alto: milord Fitz-Asland quiere hacer presente su atencion á madama de Roziers. — La criada hizo una cortesía, se marchó, volvió y me condujo muy espresiva á la puerta de un cuarto, en que me hizo entrar, quedándose Tomas en la antesala.

El agasajo de la criada, el aseo del cuarto, y mucho mas el ratito de soledad que logré, alejaron mi zozobra y alentaron mi timidez. Un espejo que tenía frente de mí, acabó de animarme, y esperé sereno el éxito de una aventura, mas bien amorosa que espuesta.

Salió una señora, que por sus facciones agradables, aunque desmejoradas, juzgué sería de unos cuarenta años, así como por su aire noble formé buen concepto de su nacimiento y de su educacion. Nos saludamos muda y recíprocamente; se sentó con señorío, me hizo seña de que tomase asiento, y me habló en estos términos: El modo con que ha sido Vd. introducido en mi casa, le habrá causado estrañeza, y esta se aumentará en sabiendo los motivos. Sin duda habrá Vd. presumido que esta era una cita amorosa, y el medio de que me he valido, es muy propio para dar márgen á semejante conjetura; pero presto quedará Vd. desengañado, y se enterará de lo serio é importante del asunto.

Cuando Vd. era niño, ¿no se acuerda de haber oido mencionar alguna vez en casa de sus padres el nombre de Clara Melwood? — Lord Fitz-Asland lo



ha repetido no una vez sola en mi presencia, acompañándolo siempre con suspiros, y aun con lágrimas.— Con lágrimas!... ¿tendría pesar ó remordimientos?... no, en el asesino de su amante y de su consorte no caben.— Señora, exclamé poniéndome en pié, ¿qué está Vd. diciendo de mi padre? ¿me ha llamado Vd. para oír cómo le injuria?—No, milord, sinó para ayudar á Vd. á desagraviar sus ofensas: siéntese Vd. y óigame con sosiego.—

La miré con respeto y obedecí. Sí, insistió; esperó de la generosidad de Vd. el término de mis males, y el principio de la felicidad de una persona, que le será luego tan apreciable como á mí misma. Uno y otro están en manos de un padre, de quien dispone Vd. á su albedrío.

Me llamo Clara Melwood, y aunque mi nacimiento no es de la primera gerarquía, es de la que honra á los ple-

beyos y suele emparentarse con los grandes. Con una fina educacion, ciertos adornos adquiridos y algun mérito personal, me había granjeado los obsequios de algunos pares de Irlanda. Muchos solicitaron mi mano, mas solo uno cautivó mi corazón. ¡Cuánto me amaba Fitz-Asland al parecer, mejor diré, en la realidad! pues no es dable aparentar tan bien un afecto; y ¡con qué tierna correspondencia pagué su cariño! ¿Quién duda nunca de la sinceridad de un amante? Entreguéme á su padre de Vd. sin reserva, y sin exigir ninguna promesa, pues no lo permitía mi amor.

Entre tanto la guerra que se iba encendiendo en las colonias inglesas, obligó á marchar á su padre de Vd., cuando llevaba ya en mi seno la prenda de nuestra union; y ni aun entonces le requirí con obligaciones legales, suponiéndole atado voluntariamente



con la mas sagrada. Mi amante partió, dejándome la esperanza de verle y abrazarle presto como esposo.

Pero despues de correspondernos tierna y constantemente por seis meses, supe que el atractivo ó el artificio de una competidora me había robado el corazon de Fitz-Asland. Si no hubiese sido madre, hubiera tenido á mengua el quejarme; pero el ingrato, al dejar de ser mi amante, había tambien olvidado que era padre, y fué en vano el hacérselo presente. Ajustada la paz y reconocida la independenciam de las colonias, se desposó con su amiga, que vino al parecer á Dublin para insultarme en mi desconsuelo.

Supe sin embargo encubrirlo, pues mi carácter, hasta entónces flexible y tierno, se engrió y endureció contra la adversidad. Había muerto mi padre, era su única heredera, y poniendo el mar de por medio, llegué á Francia

con mi niña, á la cual en virtud de los principios que me ha sugerido la alevosía de su padre, he dado el trage y la educacion del sexo de Vd.

Viviera ya sosegada, si no dichosa, sin las muchas calamidades que está padeciendo hace cuatro años este pais. Los restos de mi fortuna, que había colocado en los fondos públicos, han desaparecido, y la miseria agravando mis desdichas, me precisa á quejarme. No lo hubiera hecho por mí, pero el interes de mi hija hace enmudecer mi altanería; y por ella, milord, por la hermana de Vd. imploro hoy su asistencia.

Recorra Vd. esas cartas, y lea las pruebas repetidas de cuanto digo: ¡así pudiera, al mostrar á Vd. la letra de su padre, ocultarle su traicion!— Las tomé lloroso, y fui viendo en cada espresion de ternura la prueba de su perfidia: ya le condenaba sin respeto y me condolia de su víctima, cuando



asomó un jóven que parecía un Adónis. Ven, hija mia, le dijo madama Melvood, á merecer de lord Fitz-Asland la dicha de abrazar á un hermano, y, añadió apocando la voz, á pedirle su proteccion.

Estreché con ternura y bañé con mis lágrimas aquel hermano tan amable, ó mas bien, aquella hermana encantadora, que reunía el señorío de las facciones de su madre con la suavidad de las de su padre. Desde aquella primera vista se entabló entre nosotros la mayor intimidad: les prometí y juré, que no solo señalaría mi padre un situado decente á Paquita, (este es el nombre de mi hermana) sinó que mediaría yo con el mayor ahinco, para ajustar entre su madre y lord Fitz-Asland una reconciliacion completa. Con esto nos separamos, mutuamente enternecidos y satisfechos.

Desde entónces hasta el 11 de agosto

en que volvimos á Paris, no las vi sinó una vez. Mi ánimo era llevar á Vd. á su casa; pero los acontecimientos lo han estorbado. Sin embargo, mi amado ayo, se va Vd. á quedar atónito, cuando le diga que ya conoce Vd. á Paquita.

No habrá Vd. olvidado aquel jóven interesante del 11 de agosto, que con pretexto de dar á conocer á Vd. los nuevos acuerdos de la casa de ayuntamiento, le puso en las manos dos pasaportes, uno para Vd. y otro para mí: pues aquel era mi hermana. Al irnos al campo se lo había yo avisado por un billete, y naturalmente sobresaltada por la suerte de un hermano, y por la de Vd., en la cual se interesa sobre manera, y por medio de las conexiones que se ha ido agenciando en la guardia nacional; había solicitado y conseguido sin dificultad los pasaportes para entrambos. Nos estaba acechando cuando la encontramos, y nos



favoreció la casualidad con el tropiezo de los carruages y el soldado de nuestra escolta que conocía; y ya sabe Vd. las resultas.

Vamos pues ahora á mis designios sobre los ilustres presos del 10 de agosto. Cuando supe que los habían encerrado en los Feuillans con el resguardo de una corta guardia, juzgué que no sería imposible sacarlos de allí. Para esto no había mas que formar la guardia de hombres á mi devocion, ó atacarla y arrollarla, si se componía de enemigos. Para lo primero, Paquita, que tiene graduacion en la milicia urbana, debía manejarse de modo que reclutase veinte y cinco ó treinta realistas ó constitucionales, decididos á intentar el golpe. Para lo segundo, los mismos hombres con todo el recato posible habían de sitiár la prision, y sin derramar sangre, si no lo exigía la necesidad absoluta, arrebatarían la fa-

milia real. Ambos planes estaban organizados, y no nos quedaba mas, que elegir el mas practicable, quando la traslacion al Temple los desbarató igualmente. El largo arresto de Vd. y los asesinatos de setiembre acabaron de desesperanzarme, con lo cual me llené de un desconsuelo tan amargo, que nada alcanzaba á mitigarlo.

Pero el cielo quiso prometerme su término, ofreciéndome la proporcion de ver nuevamente á mi princesa, y serle de algun provecho. Con esto queda Vd. enterado del motivo de mi afan por ir al Temple, del de mi gozo, quando me dió la seguridad de introducirme, y en fin de la complacencia por la felicidad que acabo de lograr.

He visto otra vez á la reina, cuya altanería me ha parecido que estaba muy abatida; pero he visto tambien á su hija, cuyo candor y hermosura han ido, si no me engaño, en aumento.



¡Ah, mi amado ayo, si yo me atreviera á espresar el afecto que me inspira! Mis ojos solos han hablado, y no sé si me equívoco, pero me parece que los suyos me han correspondido. Qué dicha la mia, si me amase!.... Y mi padre me manda que la deje.... ¿no es mandarme que deje la vida?.... — Por el acaloramiento que veía en los ademanes y espresiones de Edwino, continuó el abate de Fermont, me hice cargo de que mis consejos le serían inútiles en aquel momento. El hervor de la pasion había llenado su cabeza de vapores y anublado su entendimiento; y para que se enterase de la razon, era preciso esperar que se despejara. Abrazé pues á mi alumno, le consolé acerca de la carta de su padre, del cual me encargué aleanzarle alguna demora, y volví á mi cuarto para cavilar sobre los medios de romper por obstáculos tan complicados.

Miré primero al rededor de mí, y luego volviendo á registrar mi interior, me sobrecogí al encontrarme depositario y casi en el centro de tres tramas á un mismo tiempo. Ademas de que este papel cuadraba mal con los principios y carácter que profeso, ¿había sinó certeza, á lo ménos probabilidad, de que lo desempeñase á satisfaccion de la justicia y de los que me empleaban? ¿Cómo había de ser fácil á un hombre desconocido, sin influjo y sin conexiones, conciliar intereses tan encontrados y pretensiones tan opuestas? Si no me engañaba acerca del carácter y opiniones de la reina, jamas condescendería con lo que le pedían; y ya que así sucediese, ¿qué iba á ser del rey? qué suerte cabría á sus hijos? Por otra parte, ¿cómo persuadir á unos hombres, cuales eran los de la calle del Arbol seco, que devolviesen á Luis su poder, subsistiendo su debilidad y su



irresolucion? ¿Qué valla no habrían de oponer á semejante proyecto los progresos de la opinion? ¿Era dable hacerla retroceder á los tiempos de Richelieu? ¿Cómo se había de avasallar, ni aun reducir á los límites del órden, á todo un pueblo desenfrenado, cuando cada uno por haber destronado al rey, se consideraba como sucesor suyo en el trono? Ese era, dirán, el proyecto de Toulan: sí, esta era sin duda la ilusion de su corazon, mas no la combinacion de su entendimiento. Toulan que no veía sinó con la venda del amor, obraba á ciegas, discurría al aire, graduaba sus deseos de posibilidades, se portaba en fin mas bien como amante que se acalora, que como frances que se compromete. Por otra parte, aquel choque de conspiraciones y de designios me parecía mas perjudicial que provechoso á la causa que abrazaban. Era de temer que léjos

de hermanarse los partidos, no tratasen sinó de destruirse mutuamente, y no lo era ménos, que la familia real, cogida en medio, vendría á estrellarse con ellos. Veía estos inconvenientes, y me desconsolaba, pues aunque concebía algun medio para allanarlos, mi ánimo no igualaba á mis deseos. Otros en mi lugar, léjos de confundirse, transformarían, como hace la verdadera destreza, los obstáculos en medios, hollarían los estorbos, y aun los procurarían para complacerse en superarlos. De algo podía servirme en tales circunstancias el amor de Fitz-Asland; pero me repugnaba valerme de este recurso. En fin, yo titubeaba en medio de las dificultades, temiendo empezar, y ansiando el acabar; escitado por mi adhesion al rey, contenido por los escrúpulos, y agitado entre la esperanza del éxito y el temor del malogro.

Sin embargo, habiéndome hecho



cargo de todo, resolví entregarme á la marea de los acontecimientos, puesto que hasta entónces me había llevado de todos modos. Huir cuando va á darse la batalla, es cobardía y aun traición; pero como no hay mérito, y sí mucha imprudencia, en hacerse gefe el que solo tiene talento para desempeñar el cargo de subalterno, me puse en manos de la Providencia, para que me dirigiese en aquel trance importante.

Fuí con esta intencion prudente á la calle del Arbol seco; pero encontré los ánimos muy inquietos y agitados. De allí á pocos días se abría la Convencion, y los agüeros de su establecimiento no parecían favorables ¿Cuál era en efecto el estado de las cosas? Los legisladores, atemorizados con los cañonazos del 10 de agosto, no habían recobrado sus facultades para romper los cuchillos de setiembre, y con sus manos desfallecidas ya no podían ma-

nejear las riendas del estado. Un tribunal usurpador, teñido de sangre, denegrido con los delitos del robo y del homicidio, salido en fin del infierno, hollaba la cerviz del pueblo, á quien hablaba al mismo tiempo de libertad. El consejo ejecutivo, vacilando entre los delitos y su flaqueza, ó hacía el mal, ó no podía estorbarlo, y mucho ménos castigarlo. Unos cuantos forasteros en traje de foragidos, hablando el language de las zahurdas, hacían el papel de tribunos, para precipitar al pueblo ciego en la miseria y la anarquía. Es verdad que el nombre y el concepto de algunos hombres de bien descollaban entre tantas calamidades, como la estatua de un héroe entre las ruinas; pero la tiranía popular ¿respetaría tan débiles vallas, siendo así que se jactaba de anegar la virtud en la sangre de sus apasionados?

Sobre este bosquejo fijaba la elo-



cuencia de Vergniaud nuestras miradas y nuestra atencion. Entónces sí que conocí claramente lo mucho que hubiera aprovechado á Luis XVI un carácter brioso, tanto para prevenir como para reparar tan lastimosos desastres. Con esta irrupcion de la anarquía ¿qué hubiera hecho Federico? oponer su brazo, y el torrente hubiera retrocedido. Cotejo doloroso! Luis estaba en el Temple, y las olas de la tempestad que asaltaban su morada, amagaban su naufragio.

Creímos divisar algun medio de atajar sus estragos con el regreso del enviado cerca del rey de Prusia. Si, como no lo dudábamos, el duque de Brunswick evacuaba el territorio frances, se le quitaba al partido popular el motivo de una insurreccion perpetua y el pretexto de las confiscaciones, de los arrestos y de los asesinatos.

Esta perspectiva, en que estábamos

viendo la independenciam de nuestro país, la tranquilidad de la Europa y la dicha de todos, se ofrecía muy halagüeña á nuestros espíritus embelesados: tal es el prestigio del don milagroso de la elocuencia. Estábamos deliberando á la boca de un volcan, y Vergniaud desterraba nuestras fundadas zozobras, enramando el suelo con flores.

Oímos de repente un estruendo tumultuoso en la galería inmediata á nuestra sala. El fiel sordomudo entró, y con una seña pronta y espresiva nos dió á entender que había allí hombres armados, los cuales le seguían en efecto. Doce soldados con su oficial entraron, y cercaron la mesa que nos servía de escritorio. Nos levantamos, y el señor de Maleshérbes, á quien los años no habían amortiguado la fogosidad, preguntó con ardor: ¿con qué derecho y por qué autoridad se atrevían á violar el asilo de un ciudadano pacífico? —



Por el derecho que tiene la mano de una policía desvelada, y por la autoridad sagrada de la ley nos respondieron.

— Al oír este nombre venerable, nos quitamos el sombrero, guardando un silencio respetuoso. — Señores, continuó el comandante, estoy encargado de arrestar y conducirá la Abadía á los que no tengan algun carácter público: servíos de írmelos nombrandó.

Me presenté al instante, y Malesherbes, Chamilly y Clery hicieron otro tanto. Petion, Vergniaud y Manuel quisieron en vano interponer su autoridad, ó á lo ménos su influjo. Uno y otro quedaron desconocidos y menospreciados; con lo que nos despedimos de nuestros compañeros, que nos juraron hacer revocar en breve aquella disposicion tan arbitraria. Nôs condujeron en un coche á la Abadía, y por segunda vez en pocos dias me vi encerrado en una lóbrega prision.

~~~~~

## NOCHE QUINTA.

—

AUNQUE este nuevo arresto, de que estaba yo muy ageno, privaba á la familia real del único hombre desinteresado con quien podía contar, é interrumpía al mismo tiempo mi comunicacion con los sugetos que estaban trabajando en favor suyo, no tardé sin embargo en entablar nuevamente correspondencia con ellos, como verá Vd. despues. Mas para no confundir los tiempos y los acontecimientos, ántes de hablar del que fué la causa de mi libertad, me parece del caso referir á Vd. la venida del mensagero y su conferencia con el monarca.

Presentado á S. M. por Manuel, dió cuenta de su mensaje, cuya relacion he extractado de la que el mismo remi-